

La décima casta (Lazos de sangre)

K.H Baker

LA DÉCIMA CASTA

Lazos de sangre

K.H BAKER

Capítulo 1

PRÓLOGO

Sherwood se caracterizaba por sus castas, toda persona, hombre o mujer, debía pertenecer a una de las diez castas de la ciudad.

Las primeras tres castas englobaban a la peor parte de Sherwood, generalmente todos ellos vivían en el distrito de Budby que constaba de cuatro calles sucias y mugrientas donde la mayoría de locales eran tugorios de mala muerte y prostíbulos.

La cuarta, quinta y sexta casta pertenecía a la clase obrera, personas normales y corrientes que se esforzaban por tener una buena vida al margen de los escándalos y que trabajaban sin descanso para no descender de casta.

En la séptima, octava y novena casta estaban aquellos con suficiente dinero y poder como para vivir como auténticos reyes. Para ellos, las normas no existían, hacían lo que querían y cuando querían... excepto si alguien de la décima casta opinaba lo contrario. Nadie en su sano juicio le llevaría la contraria a ningún miembro de la décima casta, ellos eran los amos y señores de todo Sherwood.

Si la novena quería seguir viviendo al margen de las normas, si quería mantener su dinero y su poder, tan solo debían hacer una sola cosa: NO CABREAR A LA DÉCIMA CASTA.

Casi todos podían ascender o descender de casta en un abrir y cerrar de ojos, sin embargo, para acceder a la décima debías demostrar que tenías potencial, que habías nacido para ello o, directamente, ser parte del linaje Dravejovic, pues los únicos miembros de dicha casta eran los descendientes de tal familia, así como aquellas pocas personas que ellos consideraban que eran dignos.

Se decía de ellos que eran poderosos hechiceros, brujos que protegían Sherwood de los licántropos y criaturas del bosque... pero tan solo eran habladurías sin fundamento basada en las historias de los borrachos.

La leyenda decía que, tres siglos antes de que existiesen las castas, una lucha se cernió sobre Sherwood. Una rivalidad entre Conrad Dravejovic, el miembro más joven e irascible de la familia por aquel entonces, y Misseus Dorian, de quién decían que era un licántropo que recién comenzaba a controlar su transformación, acabó con la muerte de Misseus. Se decía que el clan Dorian tenían una historia muy distinta a la que contaba la familia Dravejovic, pero nadie lo sabía con certeza, pues ningún miembro del clan se atrevió a acercarse a Sherwood después de lo ocurrido, los

ancianos pensaron que era mucho más sensato llorar la muerte de Misseus y seguir como hasta el momento habían vivido para que ninguna muerte más se cerniese sobre ellos. Tras el incidente, el clan Dorian se trasladó al bosque, el cual convirtieron en su hogar y territorio.

Aquella muerte separó Sherwood.

Con el fin de reafirmar su fortaleza y su poder que decían haber perdido después de que el clan Dorian hubiese decidido no enzarzarse en aquella absurda guerra, la dinastía Dravejovic separó la ciudad por castas y aplicó normas tan estrictas como absurdas que, incluso después de tanto tiempo, nadie se atrevía a quebrantar.

A raíz de establecer dichas normas y el alzamiento de castas, nació el famoso baile de máscaras, organizado una vez al año por la familia Dravejovic tan solo por diversión, para mofarse de aquellos que no podían asistir y así reafirmar, una vez más, su poder.

Sin embargo, aquel día, nada salió como ellos esperaban. Una niña caminaba descalza por las inmediaciones de la mansión Dravejovic, vestida tan solo con un pijama ensangrentado y un osito de peluche bajo el brazo.

Suciedad, podredumbre, fango en las suelas de los pies y un hedor difícil de soportar. Las plantas de unos pies que un día estuvieron pulcros, con la mejor de las pedicuras que podían contratar en Sherwood, ahora estaban medio despellejadas a causa de la larga caminata y más sucias de lo que nunca hubiese podido imaginar.

Si su madre la hubiese visto en aquellas condiciones la hubiese castigado sin postre durante una semana; tal vez aquel castigo no pareciese demasiado, pero en un mundo donde los plebeyos tenían que trabajar duro para ganar un cuscurreo de pan, llegando incluso a cometer bajezas y actos deleznales para poder comer caliente, y donde los de casta alta observaban el mundo desde sus grandes ventanales, sentados en sus largas mesas con infinidad de manjares donde escoger, privar de postre era uno de los mayores castigos que ella podría haber imaginado.

Tal vez tuviese que haber empatizado, tal vez debía haber compartido un poco con los más desfavorecidos y tal vez hubiese tenido que apreciar todo lo que tenía: un día podías estar sostenido sobre un mar de oro, meciéndote en una nube y con el viento a tu merced, y al día siguiente, revolcándote en fango y peleando por un trozo de carne que los perros habían dejado a medias.

<<El dolor forma parte de la vida, el dolor es inevitable. Durante mi corta vida, me enseñaron a no confiar en nadie, y tenían razón, estoy sola en el mundo...>>.

Capítulo 2

CAPÍTULO 1

KASSIA

La luna de sangre resplandecía en el cielo oscuro, la ausencia de nubes permitía poder verla con claridad y admirar su belleza. La gente pululaba por las malolientes calles como si fuese medio día, en los suburbios la gente no dormía demasiado, pues siempre había algo que robar, clientes que satisfacer o propiedades que proteger.

En el distrito Budby no había niños, y si los había, sus padres los escondían bien, allí los niños no duraban mucho, a veces, los de las castas superiores se llevaban a los recién nacidos para criarlos como si fuesen suyos cuando la madre moría en el parto y el padre necesitaba dinero para alcohol o prostitutas; los bebés que permanecían en el distrito de Budby morían por enfermedades o inanición y los que, por algún milagro, sobrevivían, debían aprender a robar mucho antes que a hablar, si querían sobrevivir una semana más.

Con ratas en los rincones e infecciones acechando en las esquinas, vivir en Budby era un auténtico milagro.

Entre tanto deshecho social destacaba un grupo cada vez más demandado, las castas cuidaban de las prostitutas, ellas no ascendían de casta, nadie en su sano juicio dejaría ascender a tales mujeres, pero sí les proporcionaban ropa de calidad y una higiene decente, sobre todo a aquellas encargadas de recibir y satisfacer a los hombres y las mujeres de castas superiores.

En efecto, en las tres primeras castas constaban de lo peorcito de Sherwood y ella no iba a ser una excepción, Kassia trabajaba en uno de los burdeles de la zona y, además, exhibía su cuerpo en un escenario improvisado a cambio de comida. Ella pertenecía a ese reducido grupo de mujeres a las que las castas superiores cuidaban, si es que se podía llamar así, había trabajado duro, se había ganado la confianza de la gente apropiada y sus sonrojadas mejillas eran las más demandadas.

Su cambio de burdel atrajo miradas cargadas de envidia, pero eso no le importaba, ya le habían advertido de la controversia que provocaría, lo que le preocupaba eran los ataques. Si trabajando en uno de los burdeles con peor fama de todo Budby ya había tenido que aguantar que la abordaran, le robaran su recaudación de la noche y la golpearan, no quería pensar qué le harían en aquel burdel donde, sin duda, ganaría más

de lo que ella habría soñado jamás.

Definitivamente, vivir en Budby no era fácil.

Cuando sintió pasos que seguían los suyos, Kassia comenzó a tensarse y a mirar disimuladamente por encima de su hombro, a pesar del gentío, sabía distinguir cuando la amenaza se cernía sobre ella. Una ventaja de Budby, tal vez la única, era que se aprendía a distinguir lo que era una amenaza infantil de lo que era un peligro mortal.

Aceleró el ritmo de sus pasos, quería llegar cuanto antes a la casa que compartía desde hacía poco con otras cuatro mujeres. Durante las pocas semanas que llevaba viviendo con ellas, pues había logrado ascender un escalón en su profesión después de que el hijo de un miembro de la séptima casta se encaprichase de ella, había aprendido que el único requisito esencial para ser respetada -algo difícil para una meretriz- era saber escuchar. Los hombres hablaban mucho cuando la sangre les bajaba de la cabeza para rellenar otras partes de su cuerpo y el memorizar aquellos datos podía abrir muchas puertas.

Al torcer la esquina que daba a la calle donde vivía, descubrió que un hombre con una máscara caminaba de un lado a otro delante de la puerta de su vivienda. Su respiración se agitó de pronto, sentía los pasos todavía más cerca de ella y cómo los latidos de su corazón retumbaban en sus propios oídos. Necesitaba encontrar un escondite que le permitiese pensar con claridad, ¿quiénes eran aquellas personas? ¿Por qué se ocultaban tras máscaras? ¿Qué querían de ella?

Se desvió hacia la siguiente calle, daría vueltas hasta despistar a quien le seguía y, después, buscaría un escondite.

—¿Dónde vas? ¿Pretendías huir? —dijo la voz femenina de la mujer que se escondía tras la máscara. En algún momento, aquella mujer había tomado un desvío para sorprenderla de frente.

—¿Quién eres y qué quieres?

—¿Por qué iba a decírtelo? —respondió la mujer para después adornar su pregunta con una risa aguda—. Tienes algo que queremos, Kassia, y vas a dárnoslo.

—No tengo nada —dijo ella, retrocediendo un paso.

Al hacerlo, su espalda encontró el obstáculo que le impediría salir corriendo de allí. Kassia rehusó a darse la vuelta, pues sabía qué era lo que iba a encontrar, lo había descubierto en la mirada de aquella mujer,

en cómo sus pupilas se dilataron.

Unas manos rudas se aferraron a las muñecas de Kassia, quien no intentó siquiera liberarse del agarre, pues sabía que sería inútil, la fuerza de quien la sujetaba era indudablemente superior a la suya y sabía que no tendría ni una sola oportunidad.

—Camina —susurró una voz masculina grave a su espalda justo antes de emitir una especie de gruñido que logró estremecerla.

Aquel hombre la apremió sin cuidado para que comenzase a caminar detrás de la mujer que les había dado la espalda para marcar el ritmo y el camino a seguir.

—¿Dónde vamos? —cuestionó Kassia.

El hombre que caminaba tras ella se rio, causando que algún que otro transeúnte se girase para mirarle. Kassia buscó con miradas suplicantes y sin éxito alguno a alguien que la ayudase pero, al fin y al cabo, sabía cómo funcionaban las cosas en el distrito de Budby: nadie se metía en los asuntos de los demás.

—No hables con ella —se atrevió a decir la mujer.

—No le he ...

—Pero ibas a hacerlo —irrumpió de nuevo en mitad de aquella frase, interrumpiendo al hombre y demostrando quien mandaba en aquella pareja.

—¿Crees que le voy a revelar dónde vamos? —pregunto él, notablemente irascible, sin embargo, ella no siguió su juego.

Kassia siguió caminando escoltada por aquella pareja que no hacía más que discutir sobre lo que debían o no debían hacer, la mujer se mantenía normalmente en silencio, pero de vez en cuando respondía cortante sobre las insistencias de su compañero sobre desviarse hacia el bosque.

La mujer se detuvo ante una edificación medio roída donde el moho se había extendido, carcomido casi toda la madera. Kassia conocía bien aquella balaustrada, allí era donde los hombres y mujeres que no habían tenido la suerte de acabar en un burdel ejercían su profesión. Ella había tenido la suerte de acabar en un burdel ejerciendo su profesión, si a aquello se le podía llamar suerte, pero conocía a una chica que había tenido que conformarse con ejercer su profesión en aquel antro después de negarse a las exigencias de un cliente del burdel para el que trabajaba

hasta entonces.

<<Eres puta, querida, no puedes ser exquisita. Si hay dinero de por medio, tienes que hacerlo>>, le había dicho Maurice. Para él era fácil decirlo, no tenía que bajarse las bragas delante de viejos verdes y borrachos violentos, pero si en algo tenía razón era que no podía anteponer sus gustos a los de un cliente, costase lo que costase.

Tras mirar a ambos lados de la calle, la mujer llamó tres veces y la madera crujió bajo sus nudillos; unos gritos se escucharon al otro lado de la puerta y, cuando esta se abrió, un hombre con aspecto irascible cambió radicalmente su gesto para recibirla.

—Brooklyn... —dijo el hombre atónito, ganándose como respuesta una bofetada sonora que le hizo llevarse la mano a la mejilla enrojecida.

—¡Bravo, pedazo de inútil! Ahora esta puta sabe cómo me llamo —dijo ella mientras entraba en aquel hediondo estercolero.

—Lo siento, pero yo... —Al ver al hombre que entraba empujando a Kassia, retrocedió notablemente asustado, llevándose instintivamente la mano al pecho. Puede que la tal Brooklyn fuese la cabecilla de aquella pareja, pero parecía que el agresivo era él.

Kassia se giró lo justo para verle esbozar una media sonrisa mientras miraba al hombre que parecía que, de un momento a otro, se le saldrían los ojos de las cuencas. Cuando se dio cuenta de que ella le miraba, la empujó de mala manera provocando que aterrizase con las manos en el suelo pringoso que le ensució las manos de algo que olía a muerto. Kassia reprimió como pudo las ganas de vomitar, viviendo en Budby debería estar acostumbrada a aquel tipo de hedores, sin embargo, aquello olía mucho peor que cualquier cosa que ella hubiese podido oler en toda su vida, y no tardó en averiguar que se trataban de heces humanas y no precisamente de aquel día.

—Si no te levantas ahora mismo, restregaré tu preciosa cara por el suelo —dijo el hombre, apretando su nuca. La había acercado tanto al suelo que el hedor no solo había inundado sus fosas nasales, sino que había conseguido que incluso le llorasen los ojos.

Una arcada pronunciada le revolvió el estómago antes de que la bilis se agitase en su propio estómago y ascendiese por su esófago para acabar mezclada con aquel amasijo de heces. Sentía como se le encogía el estómago y cómo las ganas de llorar aumentaban con cada inhalación pero, sin duda, lo que más le molestaba era que aquel vómito inesperado le recordase que no había comido nada en dos días.

—¿Vives en Budby y no aguantas un poco de mierda? ¡Já! —se mofó el hombre, que se había inclinado para hablarle al oído.

Kassia se levantó del suelo todo lo rápido que pudo y se limpió las manos en el vestido que mucho distaba de ser pulcro y digno de una señorita. La tela de los bordes estaba hecha jirones a causa del roce con el suelo, la zona del escote estaba rasgada por culpa de un hombre de la octava casta que se había empeñado en desvestirla él mismo y, ahora, la tela estaba tan sucia que parecía sacada de un estercolero.

Cuando estuvo en pie, el hombre que no había dejado de reírse mientras ella luchaba por no llorar, volvió a empujarla para que siguiese caminando. A su alrededor, los gemidos parecían envolverlo todo, Kassia se fijó bien en todo lo que la rodeaba y se dio cuenta de que estaba metida en un granero separado por pequeñas vallas que no brindaban intimidad a ninguno de los cubículos donde estaban metidas las prostitutas, cada una de ellas con su cliente, alguna incluso con dos de ellos al mismo tiempo.

—Apuesto a que no te gustaría trabajar aquí —le susurró el hombre. Aquellas palabras no tenían el poder suficiente como para alterarla, pues tenía razón, las personas que trabajaban allí tenían una probabilidad mayor de enfermar y, por lo tanto, su esperanza de vida era mucho menor que la de los demás. Sin embargo, el tono de voz con el que acompañó dichas palabras, fue el que le provocó un escalofrío que viajó desde su nuca hasta sus pies.

Quería responderle, había infinidad de comentarios con los que podía irritarle o, al menos, intentarlo, tal vez así le sacase alguna respuesta interesante que le acercase un poco más a la verdad sobre dónde la estaban llevando. Sabía que las personas, en especial los hombres, hablaban sin pensar cuando estaban cabreados, pero antes de que pudiese decirle nada, Brooklyn regresó de donde quiera que se había marchado y le hizo el relevo al hombre, que parecía satisfecho con la reacción que había provocado en Kassia.

—Escúchame bien, Kas, ¿puedo llamarte Kas? —preguntó como si, de repente, se hubiese convertido en el ser más amable del planeta—, hay alguien que quiere verte, pero las normas de esta mierda de ciudad son muy estrictas y no puede entrar, así que vas a quedarte aquí hasta que yo vuelva. ¿Queda claro? Y más te vale que no intentes ninguna gilipollez porque él va a estar vigilando fuera. ¡Cliff, acércate!

Como si aquella mujer fuese la soberana de todo aquel lugar, el hombre desaliñado llamado Cliff se acercó de tal modo, que solo le faltó arrodillarse para besarle los pies, demostrando así que estaba totalmente bajo su sumisión. Con la cabeza gacha, Cliff asintió a una orden que ella todavía no había pronunciado, como si supiese exactamente qué era lo

que iba a decirle.

—Ocúpate de ella, que no salga de aquí, me da exactamente igual lo que hagas para impedir que se marche y recuerda lo que puede hacerte él si no cumples satisfactoriamente con tu misión.

Cliff asintió con vehemencia, su rostro parecía totalmente desencajado, quienquiera que fuesen aquellos dos, le infringían un miedo que no era medianamente normal. Después, cogió a Kassia del brazo, la arrastró hasta uno de los cubículos que estaban vacíos, la empujó de mala manera hasta que su cuerpo encontró el refugio de la paja fría que servía como colchón y la amenazó con el dedo como si aquello pudiese infringirle el mismo temor que el que imponían aquellos dos desconocidos.

Kassia miró a su alrededor, tanto Brooklyn como el otro hombre habían desaparecido como por arte de magia, se habían volatilizado en aquel segundo en el que ella no había estado atenta. Cliff siguió el recorrido de su mirada como si quisiese averiguar qué era lo que estaba mirando, pero al instante se dio cuenta de lo que ella había estado buscando y se apresuró a sacarla de su duda.

—No intentes buscarlos, ya no están aquí dentro, son muy rápidos.

—¿Qué te hizo él? ¿Quiénes son? —preguntó Kassia, desesperada.

—¿Crees que se lo voy a contar a una puta? Puede que hayas tenido la suerte de servir a las castas superiores, pero sigues siendo una puta, no eres mejor que nosotros y, sobre todo, no eres mejor que yo —murmuró nervioso mientras se movía en la oscuridad. Cuando volvió a mostrarse ante ella y uno de los haces de luz le iluminó, Kassia pudo ver como Cliff sujetaba con firmeza el mango de un látigo—. Quien lleva la fusta, tiene el poder —susurró amenazante antes de azotarla como castigo por su osadía.

Los gritos de Kassia resonaron sobre los gemidos de los clientes pero su dolor no consiguió que el placer ajeno se detuviese, a nadie le importaba lo que le pasaba a los demás, solo miraban por su propio bienestar y estaba claro que en aquellos momentos el placer era mucho más importante que el morbo por descubrir qué era lo que estaba pasando.

—Quiere matarte —dijo Kassia entre sollozos—, lo he visto en sus ojos. Ha sido un breve destello en la forma en la que te miraba pero he podido distinguirlo. Quiere matarte y usará cualquier excusa para cumplir con su propósito.

No sabía si aquello funcionaría, si conseguiría que el llamado Cliff se asustase pero debía intentarlo, al fin y al cabo, sí había visto en los ojos de aquel hombre un deseo irrefrenable que se mezclaba con sus ansias de

sangre. Cuando se veían tantas caras a lo largo del día, se aprendía a descifrar algunas expresiones, algo que a ella le resultaba indudablemente útil.

Algo pareció cambiar en Cliff a raíz de su comentario, el poder que sintió al empuñar aquel látigo se desvaneció poco a poco, se escurrió entre sus dedos como si se estuviese deshaciendo. Dejó caer el látigo un segundo antes de comenzar a sollozar sin motivo alguno, no hacía falta investigar para saber que aquel hombre sabía que tarde o temprano llegaría su fin y el vivir con el miedo de no saber cuándo sería su último día le estaba pasando factura.

—Yo no quería —dijo mientras se llevaba las manos a la cara, horrorizado, como si se avergonzase de su propio recuerdo—. Quebranté las reglas, salí al bosque aun sabiendo que no debía, pero necesitaba leña y me había gastado todo el dinero que tenía jugando al póker.

—Tranquilo, no voy a decirle a nadie que quebrantaste las reglas...

—¿Crees que me importa lo que diga una puta como tú? No le importas a nadie, inadie te creería! —exclamó exaltado, antes de proseguir con su historia, estaba claro que necesitaba que alguien le escuchase, aunque fuese una puta—. Escuché ruidos a mi alrededor y me asusté. Como todos en Sherwood, he escuchado las historias de lobos y hechiceros pero pensé que todo eso no eran más que historias sin fundamento, sin embargo, lo vi... Se alzó sobre dos patas, estaba cubierto de pelo y de sus fauces goteaba algo espeso. No lo pensé y le atacué con el hacha, acerté en su costado y huyó, pensé que me había salvado pero después apareció ella.

—¿Estás diciendo que son...?

Kassia no fue capaz de terminar aquella pregunta, un grito desgarrador irrumpió en la sala y provocó lo que los suyos no habían conseguido: que todos dejaran lo que estaban haciendo para prestar atención a lo que ocurría en mitad del pasillo del granero. El hombre al que tanto temía Cliff había regresado para hacer lo que él tanto estaba temiendo pero que, en el fondo, deseaba. La sangre empapó el desmejorado vestido de Kassia mientras ella intentaba resguardarse en una de las esquinas del cubículo; en Budby había muertes diarias, pero ninguna tan violenta y, sin duda, ninguna había ocurrido delante de sus narices. Aquel hombre arremetía contra el cuerpo de Cliff, golpeaba su rostro con las manos con una furia desmedida que le hacía parecer de todo menos humano.

Intentando encerrar en lo más hondo de su ser el miedo que recorría su cuerpo, gateó con las manos temblorosas sin que le importase volver a ensuciarse las palmas al llegar al pasillo del granero. Aquel hombre era violento y no deseaba provocar su ira, pero algo le decía que iba a estar ocupado un buen rato saciando su sed de sangre y que, si actuaba con

rapidez, cuando se diese cuenta de que se había ido, ella ya estaría muy lejos.

Con la respiración agitada y las lágrimas cayéndole por los pómulos ennegrecidos a causa del polvo y la suciedad, Kassia avanzó todo lo rápido que pudo hasta que consiguió salir de aquel lugar. Tenía las rodillas despellejadas y sucias, los latigazos le habían desgarrado el vestido y la piel, las heridas sangraban y escocían a partes iguales pero no podía darse por vencida ahora que el sucio y viciado aire de Budby llenaba sus pulmones.

Sus opciones eran escasas y sabía que si se quedaba en la ciudad acabarían encontrándola tarde o temprano por lo que, en base a su única opción, se desvió hacia el camino que llevaba hasta final de la ciudad. No le importaba lo que tuviese que correr, no le importaba que el frío helase su piel de forma dolorosa, lo único que quería era salir de allí cuanto antes, ponerles las cosas difíciles a aquellos que, por algún motivo, querían hacerse con ella a toda costa. No es que su vida fuese gran cosa, pero todavía no estaba preparada para que la Muerte la consolase con su gélido abrazo.

Capítulo 3

SENNA

La tenue luz de un candelabro iluminaba la habitación, la luna espiaba tímidamente a los dos amantes desde la ventana y el ulular de los búhos se convirtió en una agradable melodía que susurraba bajo el sonido de sus desacompañados jadeos.

Él recorría las finas y delicadas curvas de su cuerpo con las yemas de los dedos y ella le hacía saber, con mordiscos cargados de lascivia, que no era una muñequita que fuese a romperse en cualquier momento.

Sus cuerpos desnudos eran una fuente de calor mejor que la chimenea, cuyo humo ascendía por el canal que lo llevaría hasta la fría noche, mientras las ascuas perdían la fuerza sin que a ninguno de los dos amantes pareciese importante.

Senna obligó a su acompañante a quedar tumbado sobre el colchón mientras ella se sentaba sobre su regazo como si de un trono se tratase, uno que, sin duda, parecía estar hecho a medida para ella.

Senna Dravejovic solía ser muy caprichosa, todas las nuevas adquisiciones debían pasar por sus manos sin importar lo que fuese: objeto, animal, hombre o mujer. No cabía duda de que aquel era el último ejemplar que se había cruzado en su camino, un imponente hombre al que intentaba comparar con alguien a quien creyó conocer en un pasado muy lejano pero que, sin duda, no era capaz de recordar. De todos modos, eso no parecía atormentarla, el pasado era algo que a Senna le traía sin cuidado, ella era partícipe de vivir el momento.

—Carpe diem... —susurró en su oído mientras acariciaba el pecho de aquel hombre que la miraba deseoso de hacerla suya.

Las manos que hasta el momento se habían movido inquietas sobre su piel, acabaron aferrándose a sus caderas como muestra de seguridad, quería transmitirle algo que ella ya sabía: que podía hacer con él lo que quisiera.

No era la primera vez que gozaban de aquellos encuentros, pues Senna había encontrado en Dharius la horma de su zapato, el único hombre que no besaba por donde ella pisaba, alguien que disfrutaba llevándole la contraria hasta la saciedad. Tal vez por ello llevaban tanto tiempo gozando mutuamente de sus cuerpos, Senna era una mujer difícil de complacer y pronto se cansaba de lo que fuese que tenía entre sus

manos, sin embargo, con él era diferente.

—Tempus fugit... —le reprochó él, centrando la fuerza de sus manos en someter el cuerpo de Senna para que volviese a quedar bajo el suyo.

Senna rio por su comentario, si había algo que disfrutasen, a parte del sexo, eso era competir en cualquier ámbito pero, sobre todo, por ver quien sabía más citas en latín.

—Te he ganado, esa la mencionaste la semana pasada —respondió Senna con diversión mientras enlazaba sus piernas alrededor de la cintura de Dharius.

—Eres una tramposa, te aprovechas de que la sangre no está precisamente en mi cerebro —le reprochó Dharius.

—Pero, ¿lo usas? Yo pensaba que el cerebro lo teníais de adorno, como no sabéis más que pensar con la entrepierna... —se mofó ella, ganándose un mordisco en el cuello que la hizo reír más fuerte.

Dharius besó sus labios como si no hubiese un mañana, como si realmente el tiempo se escapase de sus manos como la arena de un reloj. Ella se fundió en aquel beso, se deshizo momentáneamente y permitió que su mente divagase y se abandonase al éxtasis y el placer.

—¡Senna!

Los gritos exasperados de Zephyr la sacaron de aquella nube de plenitud en la que estaba flotando y la hizo cerrar los ojos con fuerza, como si el hecho de ignorarle fuese a hacerle desaparecer.

—¡Senna! —volvió a gritar Zephyr, irrumpiendo segundos después en la habitación.

Senna se cubrió la cara con las sábanas de seda y respiró profundamente intentando calmarse. Su forma de ser siempre había chocado con la de su hermano mayor y lo último que quería era alimentar su furia y enzarzarse con él en una trifulca que nadie podría parar.

—¿Qué desea vuesa merced? —preguntó ella, tras apartar las sábanas lo justo para que sus hombros quedasen al descubierto.

—¡Déjate de gilipolleces! —exclamó Zephyr con el rostro enrojecido por la rabia. Al reparar en la presencia de Dharius, le señaló y, seguidamente, señaló la puerta—. Lárgate de aquí.

—Él se irá cuando yo se lo pida y, aunque tu cabello sea igual de rubio y sedoso, no eres yo —dijo ella, alzando las cejas como muestra de

rivalidad. Poco le había durado la calma que quería para mantener la situación controlada.

—Hermanita, quizá deberías dejar tanto de pensar en sexo y ocuparte de otros asuntos —apuntó Zephyr con retintín—, y ahora, dile que se largue antes de que repare en el hecho de que se está tirando a mi hermana pequeña.

—Como si eso te importase —dijo Senna, negando con la cabeza.

—No te preocupes, podemos vernos en otro momento —intervino Dharius, restándole importancia al hecho de tener que marcharse todavía cuando su dolorosa erección le pedía lo contrario.

Cuando Dharius salió de la habitación, Zephyr cerró la puerta de la misma y, aprovechando esos segundos de intimidad en los que su hermano se había girado para cerrar la puerta, Senna se levantó de la cama y se puso su bata de seda borgoña.

—Más te vale que tu interrupción valga la pena porque me has jodido un buen polvo —se quejó Senna mientras se cruzaba de brazos, mientras acostaba distancia con la ventana, necesitaba abrirla y que el aire le refrescase las ideas. Sus mejillas estaban demasiado calientes y ya ni qué decir de lo que ardía su zona más íntima. Necesitaba que aquel hombre, al que ahora observaba alejarse de la propiedad, aliviase su fuego uterino y gritase su nombre hasta que la afonía tensase sus cuerdas vocales.

—Alguien ha traspasado el umbral del bosque —dijo Zephyr sin miramientos.

—¿Qué?! —exclamó Senna contrariada—. ¿Cuándo ha sido eso?

—Hace menos de media hora...

—¿Media hora?! ¿Y vienes ahora a contármelo?

—¿Crees que estoy contento con el tiempo que hemos perdido? Un miembro de la sexta vino en cuanto vio a la mujer salir de los límites de la ciudad, sabes que la sexta reside lejos de aquí, ha intentado tardar lo menos posible.

—No me sirve como excusa y casi siento lástima por ti si a ti te sirve. ¿Piensas quedarte con cara de imbécil toda la noche o vas a llamar a alguien que lo solucione? Hay que encontrar a esa mujer que ha osado quebrantar las reglas, si llega al corazón del bosque...

—El clan Dorian se ocupará del intruso, sabes tan bien como yo lo

territoriales que son.

—¿Vas a confiar en un hatajo de salvajes? —reprochó Senna, marcando su indignación con un resoplido que agitó un mechón de su cabello.

—¿Nos queda opción?

—Ve en su busca... Será capaz de encontrar a esa mujer. Nadie sale de Sherwood, así que tan solo habrá un rastro que seguir... será fácil.

—¿Te arriesgas? Si la encuentra... tal vez la mate. Sabes cómo se pone si no estamos cerca para controlarle...

—Si la mata... nos ahorrará tener que hacerlo nosotros.

Senna apartó a su hermano sin cuidado, como si no fuese más que un objeto colocado en mal lugar con el que podía pagar sus frustraciones. Todo había funcionado así desde que tenía uso de razón, tan solo se llevaban tres años, pero eran suficientes para que Senna hubiese desarrollado una madurez y una inteligencia superior a la de su hermano, quién parecía haberse quedado con la irascibilidad, el don de la palabra y la facilidad de encandilar a las mujeres. No es que Senna estuviese exenta de ira, pues ella era la primera que ponía el grito en el cielo cuando las cosas no salían como ella quería pero, normalmente, ella solía hacer uso de su mal genio mediante la venganza.

Cuando sintió los pasos de su hermano detrás de ella, algo que le hizo esbozar una media sonrisa cargada de arrogancia, amaba cuando la gente obedecía sus órdenes silenciosas y la nombraban señor y capataz de sus propias ideas; no soportaba a las personas que intentaban imponerle sus propios pensamientos y mucho menos a las que le decían cómo debía actuar. Irónicamente, Dharius era de ese segundo tipo de personas y a ella no solo no le importaba, sino que le gustaba que lo hiciese, le daba un punto divertido a su aburrida vida llena de lujos.

Tras caminar con el paso ligero a través de aquellos laberínticos pasillos que podían lograr hacer sentir perdido a cualquier inexperto que no supiese ya qué iba a encontrarse en los rincones de aquella gran mansión, finalmente Senna llegó a una habitación cerrada con una llave que siempre yacía metida en la ranura de la cerradura. Después de la muerte de sus padres hacía tan solo siete años, ellos fueron los únicos que quedaron en la casa, poco después se les sumó Lilyan, una mujer a la que raramente veían ya que su cometido era limpiar, cuando no estaban presentes, lo que ellos ensuciaban. Senna agradecía que Lilyan hubiese tenido el detalle de no personarse demasiado ante ellos, pues había algo en aquella muchacha que no le gustaba ni un pelo, algo que le hacía saber

cuando ambas mujeres se encontraban.

Cuando Senna estuvo a punto de abrir la puerta de aquella habitación, la mano firme de Zephyr la interrumpió y logró que ella le mirase con un gesto cansado que le advertía de lo que podía hacerle cuando menos lo esperase. Zephyr, exasperado por tener que abandonarse a los chantajes mudos de su hermana, retiró la mano de la suya y le permitió abrir la puerta; aquello hizo sonreír a Senna, sin embargo, después de abrir la puerta, se giró hacia Zephyr y le golpeó con el puño en sus partes más nobles.

—¿A qué cojones ha venido eso? —se quejó Zephyr con un hilo de voz que intentaba reprimir para no acabar gritando. El rostro se le había enrojecido, aunque Senna no sabía si era a causa de la rabia o de la fuerza que estaba haciendo para contener los gritos de dolor.

—¿Duele? Pues así es como me ha sentado a mí que me jodieses el polvo —advirtió Senna antes de entrar en la habitación.

Aquella sala tenía las mismas comodidades que las demás habitaciones de la casa, aunque un detalle la hacía única y especial: allí las ventanas tenían rejas. Las cortinas estaban echadas y la luna no lograba penetrar en la habitación con sus brillantes rayos, pero Senna la conocía de sobra como para poder moverse ágilmente y sin tropezar con nada hasta llegar a la ventana para descorrer las cortinas.

Cuando los rayos de luna iluminaron la estancia, el ajetreo se volvió intenso dentro de la misma. Zephyr cerró la puerta, quedándose fuera de la habitación y dejando que Senna asumiese la responsabilidad de sus actos. Ella resopló y negó con la cabeza ante la cobardía de su hermano, el mismo que hacía alardes de domar a un pura sangre embravecido para embaucar a las mujeres y poder así llevárselas a la cama. La lástima que comenzaba a sentir por su hermano se disipó por completo cuando escuchó el golpe de un candelabro volcarse ante el choque de un objeto pesado contra la mesilla de noche.

—Caleb, soy Senna, no tienes que huir de mí —dijo, sentándose en el suelo con las piernas en posición de loto, apoyando al mismo tiempo la cabeza sobre una de sus manos—. Hacía tiempo que no venía por aquí —confesó observando la estancia—, tengo entendido que el otro día atacaste a Lilyan, sabes que eso no debe hacerse, ¿verdad? Es la única que se ha atrevido a permanecer aquí después de verte... aunque no te culpo por tus actos, a mí tampoco me cae bien. ¿Sabes? Siempre fuiste mi favorito, Zephyr es un poco blando.

—¿Y Adyra?

—No hablemos de ella, estoy aquí porque necesito pedirte un favor, pero tienes que prometerme que te portarás bien, ¿vale?

Caleb, que hasta el momento había permanecido oculto entre las sombras, avanzó lentamente y miró a Senna de pie y con los puños apretados. Ella no se lo tomó a mal, desde que tuvo lugar aquel fatídico accidente, Caleb desarrolló aquel extraño tic; siempre que estaba nervioso, que prácticamente era las veinticuatro horas del día, apretaba sus puños de manera sistemática. Caleb era el hermano menor, tenía cinco años menos que Senna y era el único de los gemelos que quedaba con vida. Para Zephyr, su hermano Caleb era un inadaptado, un perturbado que no podía controlar su ira; si él se las daba de iracundo y engreído, Caleb iba un paso más allá, él no medía sus palabras pero tampoco lo hacía con sus actos, si debía pegar, lo hacía, si sentía la necesidad de matar, satisfacía sus ansias de sangre. Aquella era la razón por la que le mantenían encerrado en una de las habitaciones sin posibilidad de salir, más que cuando Senna necesitaba usarle para sus propios fines.

Desde pequeño, Caleb había sido un entusiasta de la naturaleza, le encantaba salir a explorar y a la corta edad de seis años ya era capaz de quedarse solo en cualquier punto de Sherwood y regresar a casa usándose de sus propias habilidades excursionistas para seguir el rastro de su familia hasta que conseguía volver. Al principio tardaba horas, a veces, incluso casi un día entero, pero poco a poco fue acortando sus propios tiempos.

Después de haberle explicado punto por punto lo que quería que hiciese, Caleb se quitó la corbata y, seguidamente, hizo lo mismo con el chaleco de su traje, a pesar de estar recluso, siempre vestía sus mejores galas y esa era la razón por la que Zephyr le consideraba un monstruo, parecía disfrutar con lo que era y con lo que hacía.

Senna le tendió la mano a Caleb y este la estrechó con firmeza, ayudando a su hermana mayor a levantarse del suelo, después la siguió hasta la puerta donde ella golpeó la madera con suavidad y firmeza al mismo tiempo. Poco después, el tiempo justo para que Senna supiese que Zephyr estaba considerando el hecho de dejarla o no salir de allí, se escuchó el mecanismo de la cerradura y, segundos después, la claridad del pasillo invitó a Caleb a protegerse los ojos con la mano, pero cuando se acostumbró a la luz, esbozó una amplia sonrisa al verse libre de aquella cárcel y salió corriendo como alma que lleva el diablo. Lo siguiente que se escuchó, fue la puerta de la entrada golpeando con fuerza el perchero que había tras la misma.

—Es tu hermano y le tratas como si fuese un animal —dijo Zephyr,

apretando la mandíbula.

—¿Y tú no? —preguntó Senna con una sonrisa triunfal en el rostro provocada por el silencio de Zephyr—. Caleb se siente útil, es lo único que importa. Y, al menos, paso tiempo con él, ya es más de lo que puedes decir tú.

Capítulo 4

CALEB

—Vamos, no te escondas, sé que estás por aquí...

Después de salir corriendo de la gran mansión donde vivía, Caleb recorrió la calle principal hasta llegar a las afueras de la ciudad. Sin duda, Caleb tenía una gran ventaja sobre aquella mujer, primeramente porque la mansión de los Dravejovic estaba menos de cinco minutos del bosque si se seguía la calle principal y, de segundas, porque él era un experto en cuanto a naturaleza se trataba.

Caleb no era ingenuo, sabía que su hermana solo iba a verle cuando necesitaba algo de él, así como sabía que estaba encantada con tenerle allí encerrado, de otra forma, tal vez ellos se llevasen peor de lo que se llevaban. Sin embargo, todas las razones que llevasen a Senna a actuar como lo hacía no le profesaban curiosidad alguna, él se conformaba con poder seguir viviendo en aquella gran mansión y seguir rodeado de su familia, aunque no estuviese completa.

No iba a negar que había un recuerdo que le atormentaba día a día, y noche tras noche. Todavía no había podido pasar una sola noche tranquilo sin ver aquellos ojos azules apagarse, sin que el hedor de la sangre le asaltara junto al recuerdo de tener que ocultar las pruebas, sin el pensamiento recurrente de tener que ayudar a cargar un cuerpo sin vida del que él era totalmente responsable. Aquella reminiscencia le hacía pensar en que, tal vez, el hecho de que sus padres le animasen a hacer senderismo no era más que un intento desesperado por abandonarle en la ciudad y así poder deshacerse de él, porque se negaban a aceptar que ya no podían mirarle a la cara.

Una huella borrada parcialmente por el viento le sacó de sus propios pensamientos, Caleb se agachó para pasar los dedos por encima e inhalar el viento alrededor de la misma. El tacto era gélido y húmedo, el hundimiento de la huella le reveló, como si él fuese el único capaz de entenderlo, el tiempo estimado que hacía que habían pasado por allí y, a juzgar por la sangre en la corteza de los árboles, mezclada con un hedor que le hizo esbozar una mueca de repulsión, pensó que la persona que había dejado tales huellas no andaría demasiado lejos de allí.

Volvió a incorporarse para poder eliminar cualquier rastro de tierra de sus pulcros pantalones, tal vez era una pérdida de tiempo acicalarse cada mañana y someterse a un ritual de higiene personal tan exhaustivo cuando las veces que salía de su habitación podían contarse con los dedos de una mano pero, para él, era esencial seguir ciertas pautas para poder

seguir sintiéndose Caleb Dravejovic.

Con una lentitud cargada de la seguridad de saber que estaba cerca de su presa, se remangó la camisa y esbozó una media sonrisa capaz de encandilar a cualquier mujer, fuese de la casta que fuese. Él sabía perfectamente qué era lo que precedía a aquella sonrisa, al igual que sabía que las meretrices cobraban por adelantado, y aunque el sentimiento previo le ponía nervioso, provocando que una parte de él consiguiese sentirse mal, después de esos segundos de ambigüedad, un sentimiento mucho más fuerte y profundo acallaba todas sus dudas. Llegados a ese punto no había marcha atrás. Cuando la viscosidad de la sangre conseguía atraer toda su atención y aquel hedor metálico le gritaba que había una presa nerviosa y asustada que deseaba ser sometida, sentía un placer al que ni siquiera el sexo podía equiparar. No podía evitarlo, cuando el deseo de dominar hacía su aparición, no había nada ni nadie que pudiese hacerle entrar en razón.

Siguió caminando con ese paso firme que le caracterizaba, acarició distraído las ramas de los árboles y se deleitó con los animalillos que correteaban por los troncos de los árboles. No, él no admiraba pequeños roedores que, a aquellas alturas del invierno estarían hibernando o, al menos, resguardados de aquel frío que sería capaz de helar a la mismísima Muerte, Caleb prefería seguirles la pista a los insectos, pequeños ejemplares que, sin saber por qué, llamaban enormemente su atención. Entre sus favoritos destacaba la mantis religiosa, famosa sin duda por comerse la cabeza de su pareja tras aparearse. Donde el resto del mundo veía repulsividad e inquietud, él veía grandeza y superioridad.

Las pisadas en el barro cada vez eran más frescas y parecían más recientes, la humedad se volvió mucho más intensa por momentos hasta que acabó mezclada con una neblina que se espesaba poco a poco. Caleb no perdió la esperanza en ningún momento, si algo caracterizaba aquella forma de ser tan suya era la serenidad con la que aceptaba cada acto que ocurría en su vida.

El cerco se estrechaba cada vez más hasta que, finalmente, sentada en el suelo y con la espalda apoyada en el tronco de un árbol viejo, vio a una mujer que luchaba por recobrar la orientación. Sus pies descalzos habían adoptado un color violáceo por culpa del frío y su indumentaria no era la adecuada para salir a pasear por el bosque. La forma en la que ella se tocaba la frente amoratada ajena a su presencia le hizo esbozar una sonrisa todavía mayor, no sabía si estaba conmocionado por la inocencia que desprendía aquel acto tan simple o simplemente esperaba que le viese para que comenzase el show.

—¿Te has perdido? —preguntó Caleb con las manos metidas en los bolsillos y manteniendo una actitud despreocupada, como si hubiese pasado por allí por pura casualidad—. Si quieres puedo ayudarte, soy un

buen guía.

Aquella mujer se sobresaltó ante su presencia, estaba claro que no esperaba que nadie la encontrase tan pronto y mucho menos que fuese él quien lo hiciera. Ambos se miraron durante un momento que a él le pareció eterno, Caleb recorrió su figura y después miró a su alrededor confundido como si hubiese pasado algo por alto, como si ella no estuviese realmente allí. ¿Se conocían? Por supuesto, ¿quién no conocía a Caleb Dravejovic? Dio un paso hacia ella y aquello logró estremecerla, sin embargo, no provocó nada en él, ni satisfacción, ni curiosidad, ni placer. No era la primera vez que experimentaba algo así, como tampoco era la primera vez que la veía, pero odiaba el sentimiento que ella lograba ejercer sobre él y los pensamientos que le inundaban cuando aquello pasaba.

—Tú... —dijeron ambos al unísono como si estuviesen conectados de algún modo.

Caleb tomó aire lenta y profundamente, después dejó que el vaho se escapase de entre sus labios, ¿cómo era aquello que su hermana Senna le solía decir? «Nunca te fíes de una mujer, Caleb, y créeme cuando te digo que sé de lo que hablo. Las mujeres somos crueles y cuanto más inocentes parecemos, peor nos comportamos. Cuando menos lo esperes, aparecerá alguien que se crea con el poder suficiente para doblegarte y lo sabrás porque tu corazón comenzará a latir con fuerza. Es entonces cuando tienes que decidir si sucumbes al amor y a lo que todo ello implica, o escribes tus propias normas al respecto». Respiró profundamente y asintió, había tomado una decisión.

Aquella mujer era capaz de conseguir que hasta el hombre con la más férreas de las creencias sucumbiese a su cuerpo y él no estaba dispuesto a ser uno más de aquel rebaño. Caleb transgredía las normas establecidas por el hombre e interfería en las opiniones y decisiones ajenas con tan solo una mirada cargada de deseo, imponía sus propias normas y se encargaba de que el resto impusiese las suyas acorde con lo que él había decidido, pero con ella iba a ser diferente, no sería tan indulgente, no le diría con sutilezas y embustes lo que quería, se lo haría saber de la forma más ruda que conocía puesto que ella había tenido la osadía de irrumpir sin permiso en su corazón.

La respiración agitada del hombre se perdió bajo los estertores de una mujer que nunca más abriría los ojos, el bosque sería testigo mudo de sus actos y el viento borraría el rastro que habían dejado. La miró desde arriba, sus perfectas facciones y su hermoso cuerpo inerte, entonces su

mente volvió a cambiar de nuevo haciéndole sentir el ser más miserable de la tierra. Se volvió a agachar ante ella, la cogió en brazos como si a aquellas alturas tuviese miedo de hacerle daño y comenzó a caminar alejándose todo lo que podía de la escena del crimen. No iba a enterrarla, ni él estaba tan loco ni llevaba una indumentaria para tales fines, pero si quería resguardarla de los depredadores que merodeaban por la zona, no quería que su cuerpo fuese devorado por alimañas y mancharan con sus sucios dientes una imagen tan angelical como la que ofrecía en aquellos momentos.

Sus pasos le llevaron hasta una pequeña cueva en la que él solía refugiarse cuando era pequeño, cualquier escondite de Sherwood no era nada comparado con aquel paraje desde el que se podía apreciar la puesta de sol. Las normas de la ciudad no se aplicaban a los miembros de su familia como era de esperar y aquella era una de las cosas que más le gustaba de pertenecer a aquella privilegiada familia, tenía vía libre para poder admirar la belleza que les rodeaba, algo que no muchas personas podían decir.

Tras dejar el cuerpo sin vida de la muchacha apoyada en la piedra de la cueva, se dio cuenta de que un papel medio arrugado y amarillento a causa del paso del tiempo se agitaba movido por el viento mientras una piedra impedía que se llevase aquel recuerdo que él ya consideraba extinto. No recordaba el día en el que pintó semejante obra de arte, aunque tampoco recordaba cual fue el último día en el que visitó aquel bello paraje en el que tanto le había gustado pasar sus horas libres. Con una sonrisa que denotaba inocencia y añoranza, cogió el dibujo y se lo colocó a la mujer entre las manos, una obra de arte sujetando otra. Caleb rio por la ocurrencia de sus pensamientos y maldijo para sus adentros el no haber llevado consigo su material de pintura para capturar aquel momento, así que se limitó a recordar cada trazo, cada gesto, cada pequeño detalle, y se esforzó por recordarlo cuando, sin previo aviso, algo dentro de su cabeza volvió a cambiar, haciéndole borrar poco a poco aquella sonrisa de la que no quedó ni un solo resquicio.

—¿Y bien? —preguntó Senna al verle aparecer con aquella sonrisa triunfal y arrogante en el rostro.

Caleb se detuvo en el umbral de la puerta, miró una vez más el exterior, el cual no volvería a ver en una larga temporada a menos que fuese desde la ventana y clavó su profunda mirada en los ojos claros de su hermana, que esperaba una respuesta satisfactoria. Con pasos cortos y dubitativos, Caleb entró en la casa, paseó la mirada por la entrada y la centró en Zephyr, quien fumaba ensimismado en alguna figura más allá de la

ventana. Por último, miró su propio reflejo en el espejo de pie que había en una de las esquinas, justo al lado del perchero y desabotonó la camisa manchada de tierra para después colgársela del brazo.

Sabía que su hermana se estaba conteniendo para no alterarle con sus insistentes preguntas y que él se estaba demorando demasiado en responderle, pero necesitaba deshacerse de aquella ropa infecta antes de que la mugre traspasara la tela. Con el dorso al descubierto, se fijó en cómo sus músculos se tensaban bajo su piel y en cómo su excursión por el bosque había dejado algunos arañazos en su cuello provocados por alguna rama traviesa. Seguidamente se giró hacia Senna, no sin antes dedicarle una sonrisa a su hermano, quien parecía haber regresado de su ensimismamiento para mirarle atento, y le dio la camisa causando en ella una mueca que mucho distaba de satisfacerla.

—La encontré —dijo por fin Caleb—, y si no os parece mal, decidle a Lilyan que me prepare un baño. Quiero asearme un poco antes de que me encerréis de nuevo.

—Tienes un baño en tu habitación —apuntó Zephyr tras dejar escapar el humo de entre sus labios.

—Sí, con ducha —advirtió Caleb—, preferiría tomar un baño relajante.

—Abres la manilla del grifo y pones el tapón, es simple y sencillo.

—Ahora mismo le digo a Lilyan que te prepare el baño —interrumpió Senna, dedicándole después a Zephyr una mirada despectiva.

—Gracias, Senna, eres muy comprensiva, da gusto tener una hermana como tú —dijo Caleb esbozando una media sonrisa presuntuosa y acentuando sus palabras con un beso en la mejilla de su hermana.

Mientras escuchaba como sus hermanos discutían en voz baja, Caleb subió las escaleras con gesto cansado, de repente el cuerpo le pesaba como si llevase horas corriendo y todo el sueño perdido en todos aquellos años le pasó factura en tan solo unos segundos. Necesitaba relajarse y el baño era el lugar perfecto donde poner sus ideas en orden, aunque no tuviese demasiado sentido darle vueltas a lo que ya no tenía solución.

La luz tenue del baño le daba un aspecto nostálgico a la estancia, el agua ya corría llenando la bañera y el vapor inundaba poco a poco aquella pequeña zona de relax; no había que ser demasiado inteligente para saber que Lilyan había estado escuchando la conversación que había tenido Caleb con sus hermanos y se había apresurado a satisfacer sus deseos antes de que él subiese. Aquello le hizo esbozar una amplia sonrisa, todavía no era capaz de entender cómo era posible que le excitase tanto

el poder que tenía sobre las mujeres.

Unos golpecitos tímidos resonaron sobre la madera de la puerta poco después de que Caleb la hubiese cerrado e interrumpió el estado reflexivo en el que se encontraba. La imagen que esperaba por él le arrancó una irónica risa que no pudo reprimir al abrir la puerta: Lilyan había vuelto con un par de toallas entre sus manos.

—Déjalas sobre la banqueta —dijo Caleb con suavidad y un tono de voz bajo mientras le indicaba con la mano que podía pasar.

Lilyan le miró con la respiración agitada, en sus ojos se apreciaba la inseguridad pero bastó que Caleb le mirase con aquellos profundos ojos claros para que ella entrase al aseo, disimulando como podía que las piernas le temblaban como nunca. Cuando cumplió con su cometido y se giró para dejarle un poco de intimidad, Caleb ya había cerrado la puerta y la miraba con lascivia y las manos metidas en los bolsillos.

—Si no necesita nada más de mí, será mejor que me vaya a ocupar mis tareas —dijo Lilyan, bajando la mirada para evitar mirarle a los ojos.

—Lo cierto es que sí necesito que hagas algo más por mí —contrapuso Caleb mientras se acercaba a ella, interponiendo su cuerpo para evitar que se marchase de allí—. Mírame, Lily.

Lilyan respiró profundamente y cerró los ojos antes de mirarle, tal y cómo él le había pedido. Con el gesto firme que le caracterizaba, Caleb la aferró de la cintura y la acercó tanto a él que ni siquiera el aire era capaz de pasar entre ellos. El color subió a las mejillas de Lilyan quien, nerviosa, comenzó a respirar de forma agitada.

—Debo irme, señor... —dijo con un hilo de voz.

—No, te he dicho que necesito que hagas algo por mí —respondió él, aferrando su cintura con más fuerza al mismo tiempo que apoyaba su delicada figura sobre la pared.

—Me hace daño... —se quejó ella cuando una de las manos de Caleb abandonó su cintura para abordar la delicadeza de su cuello, mientras la otra danzaba a sus anchas por su cuerpo.

—Será mejor que guardes silencio, no querrás alertar a mis hermanos, ¿verdad que no? Eso sería demasiado peligroso, ya sabes cómo es Senna.

—Por favor... deje que me marche...

—¿O qué?

Ni Lilyan respondió a aquella pregunta ni Caleb tuvo tiempo de seguir disfrutando del cuerpo de aquella mujer, pues la puerta se abrió de golpe y ante la aparición de Zephyr, Lilyan comenzó a llorar como si quisiese agradecerle haber entrado en el momento oportuno antes de que Caleb ahondase más en su cuerpo.

Durante un instante, ambos hermanos se miraron fijamente a los ojos, con los puños apretados y un gesto que indicaba que no se llevaban demasiado bien, sin embargo, antes de que Caleb pudiese decirle lo que pensaba sobre su interrupción, Zephyr se marchó, dejándole a solas con sus pensamientos. Para Caleb estaba totalmente claro que su hermano no iba a cometer el error ni la osadía de enfrentarse a él, a pesar de ser el mayor, Zephyr siempre fue el más débil, una deshonra para el linaje Dravejovic, al menos ante los ojos de Caleb.

Se metió en el agua para intentar olvidar lo que había pasado y la calidez húmeda del baño le hizo abandonar aquella compostura que había estado manteniendo con una entereza que comenzaba a desmoronarse.

Centró toda su atención en las losetas blancas de la pared y vio cómo las gotas de vapor condensadas resbalaban hacia las juntas del suelo, después de su placentero baño sería Lilyan quien tuviese que limpiarlo todo.

Lilyan... Había pensado en lo ocurrido pero no en ella directamente. Ya era la segunda vez que la abordaba y comenzaba a sentirse mal por sus actos. La primera vez le tiró la bandeja del desayuno encima porque se la había llevado con cinco minutos de retraso y, ahora, pretendía forzarla sexualmente... No, aquello no era lo que había sucedido. Ni pretendía abusar de ella ni se sentía mal por lo que había hecho, aquel era su modo de liberar la rabia que sentía en su interior, no pensaba con claridad y lo único que veía eran esos ojos marrones llenos de miedo que clamaban huir de él todo lo rápido que pudiese.

Debía aprender a controlarse pero, ¿cómo? Lo peor de todo no era aquello, lo peor era que ni siquiera se iba a molestar en reprimir su forma de ser, sabía que luchar contra sí mismo era inútil, por eso le mantenían cautivo.

Se sumergió para que el agua limpiase el rastro de cansancio y allí volvió a verla, aquellos ojos azules sin vida que le miraban fijamente desde el techo. Caleb se incorporó en la bañera con la respiración agitada y el corazón golpeando con fuerza su pecho; aquellos ojos eran los únicos capaces de alterar sus emociones, pero no fueron los ojos de su hermana los que consiguieron que, por primera vez en mucho tiempo, una lágrima fruto de la culpa resbalase por su rostro. No, el responsable de que se

autoinculpase era el recuerdo de aquella misma noche, uno que ya no tenía vuelta atrás.

Capítulo 5

ANDY

Una exhalación profunda dejó constancia del cansancio y el sueño que llevaba arrastrando durante horas; normalmente, después de una descarga de furia tan brutal como la que acababa de abandonar su cuerpo, él se dejaba llevar por el abrazo de Morfeo hasta que los rayos del sol despuntaban el alba, sin embargo, tenía que vigilar a aquella dichosa puta que... ¿Dónde se había metido? Después de mirar a su alrededor mientras se recolocaba la máscara manchada de sangre que se le había desplazado ligeramente durante aquel salvaje ajetreo, se dio cuenta de que las personas que estaban metidas en aquellos pequeños cubículos le estaban mirando expectantes, entonces, cuando él paseó la mirada, deteniéndola en cada uno de ellos, todos retomaron lo que estaban haciendo, pretendiendo fingir que no habían visto nada de lo que había pasado entre él y el otro hombre que ahora se asemejaba más a un amasijo de carne deforme.

No le importaba que aquellas personas le mirasen como si fuese peor que un depredador hambriento, al contrario que le tuviesen miedo solucionaba muchos aspectos de su vida, y el primero de todos era que se ahorrraba tener que socializar, eso era algo que odiaba.

Lo único que necesitaba era saber hacia qué lugar se había marchado aquella mujer a la que debía vigilar, antes de que escapase o peor aún, antes de que Brooklyn la encontrase. Si ella la encontraba antes, ambos se enzarzarían en una pelea que no sería agradable para ninguno de los dos.

Sus pasos se vieron acelerados a causa de la imagen constante de Brooklyn en su mente, no dejaba de verla gritando mientras hacía aspavientos y le señalaba con el dedo. Ella podía ser todo lo dulce que quería a veces pero si le daban una orden hacía todo lo que estaba en su mano por cumplirla y maldecía a todo aquel que se interponía en su camino.

El aullar de los lobos no le distrajo de su camino, al contrario, se guió por ellos hasta que vio una pequeña casa en mitad de una pequeña explanada en la que, desde hacía tiempo, no había más que árboles frondosos. No cabía duda de que el paso de los años había mermado gran parte de los bosques, las había hecho habitables para los clanes que residían en lo más profundo del bosque y había obligado a la fauna a trasladarse o a adaptarse a sus nuevos inquilinos.

La puerta de la cabaña se abrió antes de que él llegase a la entrada, dos lobos aullaban e intentaban zafarse de los collares que les mantenían

sujetos al poste de una pequeña valla que cercaba algo parecido a un porche.

—¿Qué haces aquí, Andy? —preguntó el hombre que, con un gesto sombrío, se cruzó de brazos un segundo después de apoyarse en el umbral de la puerta.

—Busco a Brook —mintió deliberadamente, lo último que quería era decirle que se le había escapado su presa.

—Ha ido a buscar a la chica a la que se supone que debías estar custodiando.

—Está a buen recaudo, no te preocupes. ¿Dices que Brook ha vuelto? No me la he cruzado...

—Ella siempre ha sido mucho más lista y centrada que tú, no me extrañaría nada que hubiese cogido el mismo atajo por el que vino hasta aquí.

Aquella afirmación le hizo entornar los ojos a Andy que, apretando los puños y dando un paso hacia el hombre que ladeaba una sonrisa, contento por haber logrado exitosamente perturbar su calma.

—No tientes a la suerte, Daven, ser el líder de tu propio clan no te asegura un éxito rotundo, puede que alguien más fuerte y más joven te destruya y haga de ti un saco de carne que con el tiempo se marchite, quedando reducido a un ser putrefacto.

—¿Estás amenazándome, Andy? ¿Se te ha olvidado lo que puedo hacerle a tu hermanita?

—Tú mismo has dicho que Brooklyn es más lista y centrada, sabrá darse cuenta de que eres un ser arrogante, codicioso y egoísta.

—Ella sola se mete cada noche en mi cama, así que creo que hasta el momento no se ha dado cuenta —sonrió Daven triunfal, acabando por reír al término de dicha frase.

—Solo tengo que contarle para qué quieres a la puta y todo caerá sin remedio delante de tus narices —advirtió Andy mientras retrocedía.

Ambos hombres se miraron fijamente, Andy sabía que había agotado la paciencia de Daven con aquella amenaza, ninguno de los dos se soportaba y la única razón por la que permitían estar en la misma habitación era Brooklyn, pero sin ella cerca, la testosterona había fluido sin control haciéndoles decir aquello que pensaban sin parar a pensar las

consecuencias que conllevaría.

Daven se acercó hacía donde sus lobos todavía forcejeaban con sus correas en un intento vano de soltarse de su amarre, entonces Andy se dio la vuelta decidido y comenzó a correr todo lo que sus piernas le permitieron, sabía que Daven no esperaría mucho tiempo antes de soltar a sus lobos, aquellos que con tanta paciencia había logrado domesticar.

Tenía el tiempo contado y, mientras corría, maldecía no haber destrozado a Daven cuando tuvo la oportunidad.

Hacía tiempo que no escuchaba el aullar de los lobos que, durante tanto tiempo, habían corrido detrás de él. Al principio, mientras esquivaba ramas intentando que los roces fuesen mínimos, había conseguido sacarles un buen trozo de ventaja a aquellos animales que un día fueron la mejor compañía del hombre a sus ojos. Los lobos no eran como los perros normales y corrientes, ellos no se dejaban domesticar, eran sus propios dueños y esa era la razón por la que Andy los admiraba tanto. Todavía recordaba cuando, de pequeño, se subía a las ramas de los árboles y miraba como las manadas de lobos establecían sus propias normas, haciendo su vida al margen de la civilización, pero todo aquello se había desmoronado cuando Daven consiguió domesticar a su primer lobo, gracias a aquello le nombraron líder del clan y entonces fue cuando Brooklyn comenzó a prestarle más atención y a alejarse de su propio hermano. No había persona en el mundo a la que Andy detestase más que a Daven y quería hacerle pagar todo lo que le había arrebatado.

Encaramado en la rama de un árbol y sujeto con una mano al firme y áspero tronco que desprendía una gelidez inquietante, Andy vio una figura entre la niebla que le obligó a quedarse muy quieto y a prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. No quería pensar que Daven le hubiese encontrado en aquel bosque tan inmenso y después de casi una hora corriendo; tampoco quería pensar que los lobos hubiesen seguido su rastro a pesar de que había tenido que dejar su abrigo colgado de una rama en el sentido contrario al que él se había dirigido, solo para poder despistar a los pobres animales sometidos a la rudeza y a las órdenes humanas.

Las ramas crujieron cerca de él, no estaba seguro de la distancia exacta porque la niebla dificultaba el poder estimarla, pero Andy pensó que la persona que avanzaba en su dirección no estaría a más de unos diez metros. Poco después le pudo escuchar y, aunque no pudo distinguir su rostro, si pudo escuchar su voz y los lamentos que indicaban que había hecho algo de lo que no estaba orgulloso. Aquel hombre parecía

atormetado, sin embargo, Andy no sintió ni el más mínimo rastro de empatía hacia aquella persona, lo único que le preocupaba eran sus palabras, lo que farfullaba por lo bajo, aquello que le decía que probablemente interferido en su trabajo.

—¿Por qué ella? ¿Por qué me hiciste así? ¿Por qué tuve que hacerle eso? ¿Por qué? —se lamentaba el hombre mientras arrastraba los pies en dirección hacia la ciudad—. Yo no fui, yo no lo hice, golpearon su frágil cuerpo, sus pies destrozados se cansaron de correr descalzos, la perseguían y no era yo su verdugo... Ella tuvo la culpa, ella fue la culpable de amenazar la integridad de mi corazón, ella tuvo que colarse a hurtadillas en mi mente y trastocar mis ideas como si fuese un vendaval en pleno apogeo... Ellos tuvieron la culpa, alguien deseaba su cuerpo y ella tan solo quería huir de sus captores. ¿Captore? Sí, captores, no existe otra palabra para aquellos que la hicieron adentrarse en esta parte del bosque... Esto no es seguro, ella lo sabía, yo lo sé... Yo no tuve la culpa.

Andy bajó del árbol muy despacio cuando se aseguró de que ya no había nadie que pudiese descubrirle, la tierra húmeda crujió bajo sus pies y siguió haciéndolo hasta que descubrió las huellas de aquel hombre que se revolvía en la misera de sus propios pensamientos autodestructivos. ¿Qué había dicho? ¿Una mujer a la que perseguían? ¿Podría ser...? Sí, sin duda... <<¿Por qué tuve que hacerle eso?>>, ¿qué le había hecho? Andy suspiró mientras seguía las huellas en sentido contrario, no había lugar para las dudas, aquel hombre había confesado abiertamente que algo horrible le había hecho a la mujer que huía.

—Brooklyn me va a matar... —susurró Andy mientras tomaba aire. Tal vez si el cuerpo de la prostituta no estaba demasiado maltrecho podría decir que había intentado escapar y que, tras un forcejeo, se había golpeado en la cabeza y había muerto. Al fin y al cabo, la chica era importante para Daven y a él le importaba poco aquel cínico de mente plana que tan solo quería impresionar a su hermana para tener a alguien con quien dormir por las noches.

Sus pasos le llevaron hasta un pequeño claro desde el que se podía observar cómo el sol comenzaba a despuntar en el alba, ¿qué hora sería? Con total seguridad cerca de las cinco de la mañana, el sol siempre salía a la misma hora en primavera. Poco a poco, a medida que las horas avanzasen y el sol se alzase para inundar todo Sherwood con sus rayos, el frío intempestivo desaparecería para hacer hueco al soporífero calor que él tanto detestaba. Allí, en Sherwood, las noches eran tan frías como pasar una noche en Siberia, y los días eran más calurosos de lo que cabía pensar, aquello favorecía las muertes ya que las personas que no tenían los medios ni los lugares adecuados para resguardarse, perecían presa del frío o de algún golpe de calor.

Andy se colocó en el borde de aquel claro, el cual delimitaba con un impresionante precipicio desde el que podía verse toda la parte oeste del bosque. Allí, con las manos en los bolsillos, vio lo que el paso del ser humano le había hecho al bosque; vio las propiedades del clan Dorian, cómo el humo de sus hogueras se alzaba hasta ser uno con la niebla, cómo pequeñas figuras imposible de reconocer se reunían en el centro de lo que ellos habían creado y que ellos calificaban como plaza principal.

Mientras admiraba con calma aquel paisaje manipulado e imaginaba cómo sería acabar con todas y cada una de las vidas humanas responsables de la aniquilación de la fauna local, Andy pensó que, tal vez, no sería mala idea abandonarse al mundo salvaje, dar un paso más allá. Ya había abandonado el clan Dorian y todo lo que ello conllevaba para vivir bajo el abrigo de los Arcuri, un clan que tan solo constaba de seis personas incluyéndose a él mismo y a su hermana. Su forma de vida era mucho más natural, no cazaban para comer ni hacían tratos con los miembros de las castas de la ciudad para comprar comida a cambio de servicios.

Era irónica la forma en la que Andy admiraba la naturaleza, así como a los animales que habitaban en ella y, al mismo tiempo, el desprecio con el que trataba a los seres humanos. Todos merecían vivir, ¿no? Entonces, ¿por qué sentía que el ser humano no hacía más que destruir aquellos bellos parajes que nunca deberían haber sido mancillados? Mientras reflexionaba acerca de un pasado que ya no tenía remedio y pensaba en un futuro que el ser humano todavía estaba a tiempo de cambiar, Andy se giró para seguir observando aquel claro en busca de una mujer sobre la que debía inventar una historia factible para así poder explicar el motivo de su muerte. Todavía no había encontrado el cadáver, pero estaba seguro por cómo había reaccionado aquel hombre pesadoso, de que allí iba a encontrar uno.

Una figura inerte y sombría reposaba al fondo de una pequeña cueva de difícil acceso que llamó su atención, no estaba seguro del tiempo que llevaría allí pero cuando comenzase a apretar el calor en aquel paraje, el cuerpo comenzaría a heder, atrayendo a los depredadores carroñeros de la zona. Tenía que llevarse el cuerpo antes de que aquello ocurriese.

Andy se agachó para no golpearse la cabeza con el techo de aquella formación natural tan hermosa, en el ambiente todavía flotaba el hedor de la sangre y con cada paso que daba en dirección a aquel cuerpo sin vida, más deseaba que no estuviese en terribles condiciones que pudiesen desmontar cualquier historia que su mente creara.

Cerró los ojos al acercarse lo suficiente como para poder ver con claridad el rostro de la víctima, su historia serviría sin duda, la mujer tan solo tenía una herida en la cabeza que esclarecía que la habían golpeado y una marca prácticamente imperceptible ante unos ojos inexpertos que contaba la forma en la que había muerto. Le habían privado de oxígeno y no sabía

si la herida frontal había sido antes de su muerte o justo después pero no cabía duda de que la causa de la muerte había sido la asfixia. Andy rebuscó en lo más profundo de su alma, se arrodilló ante la mujer y se abandonó al llanto más profundo y desgarrador que nunca hubiese imaginado que podría emerger de él. Él no sentía empatía alguna por el sufrimiento ajeno, no albergaban dudas en su interior a la hora de arrebatarse la vida a alguien, pero nunca pensó que viviría para ver la muerte de su propia hermana.

Con un dibujo sin firma entre sus manos, Brooklyn sostenía aquella obra de arte que bien podría haber sido realizada por un experimentado artista, Andy se la arrebató de sus manos frías e inertes y la arrugó en sus manos exteriorizando en aquella pieza de papel el odio que emergía a través de todos sus poros. Poco le importaba ya el mundo si no tenía a su hermana al lado para apreciarlo, poco le importaban ya las misiones de Daven si ya no se encontraba en el mundo de los vivos la única persona capaz de convencerle de que debían seguir aquel hombre, y poco le importaba su propia integridad física si no tenía a su lado a la persona que lograba que fuese prudente con sus actos para no acabar en la horca.

Solo tenía dos opciones: volver al clan Arcuri donde no sabía si Daven lloraría más por la muerte de su amante o por la pérdida de su trofeo, o regresar al clan Dorian, de donde había sido desterrado pero donde estaba seguro que su familia le daría a Brooklyn un entierro digno. La suerte estaba echada y no sabía si sería bienvenido, ni siquiera sabía si le daría tiempo a explicar lo ocurrido, pero debía intentarlo por ella, no iba a permitir que su cuerpo fuese pasto del paso del tiempo en la intemperie, ni de depredadores ansioso de carroña y carne pútrida.

Capítulo 6

KASSIA

Por un momento juraría que había muerto, que había tenido un momento de lucidez antes de que la oscuridad absoluta la engullera y que, en ese momento, se encontraba sufriendo el viaje que la llevaría hasta el purgatorio, antes de que dictaminaran que iban a hacer con ella. Sin embargo, un dolor agudo que viajaba de un extremo al otro de su cuerpo, le aseguraba que todavía estaba viva, podía sentir los latidos de su propio corazón como si le estuviesen golpeando directamente en los oídos con fuerza; una parte de ella estaba segura de que, si se concentraba, podría escuchar como su sangre fluía con rapidez por sus venas.

El frío azotaba con más fuerza, pero ella ya no era capaz de sentirlo. Kassia deslizó una de sus manos por la hierba, enredando sus dedos con las húmedas hebras en un intento de sentir la gélida sensación que transmitía, pero le fue imposible. Temió haber perdido la sensibilidad de su cuerpo, pero el dolor se abría paso una y otra vez a través de sus extremidades hasta llegar a sus sienes, donde se manifestó como si de un instrumento de percusión se tratase. Era un dolor terrible, aun así, se sintió aliviada ya que eso le hacía saber que su sistema nervioso funcionaba correctamente.

En su huida se había encontrado con aquella mujer de profundos ojos azules, uno de los integrantes de aquella extraña pareja causante de su escape en dirección al bosque. El encuentro no fue precisamente del agrado de ninguna de las dos mujeres, pues Brooklyn había reaccionado de forma violenta al verla allí sola y Kassia no pudo hacer otra cosa que defenderse de sus repetidos golpes; aquella mujer parecía sacada del mismísimo infierno, una enviada del demonio para torturarla, algo que hubiese hecho de buena gana si Kassia no hubiese cogido aquella contundente rama del suelo una de las veces que Brooklyn la golpeó, tirándola al suelo como consecuencia. No había duda de que no era la primera vez que esa mujer era partícipe en una pelea y, aunque Kassia no era una experimentada, ganó ventaja al golpearla con la rama que había encontrado. Aprovechó su ventaja para quitarle las botas y el abrigo a Brooklyn, después se marchó en dirección opuesta a donde se la había encontrado, sin embargo, después de horas corriendo presa del pánico, su cuerpo encontró el abrigo de la hierba cuando sus piernas cansadas dejaron de responder.

En las últimas horas, había sucumbido a la inconsciencia al menos tres veces en lapsos de tiempo muy distintos. La primera vez fue a causa de los martillazos de su cabeza, de los que no pudo deshacerse ni siquiera cuando volvió a caer inconsciente. Pasaron horas hasta que pudo despertar de nuevo, lo supo por la ausencia de la luna, que había

desaparecido para dejar paso al alba.

Al dolor de cabeza que le impedía pensar con claridad, se le sumó un punzante dolor en la espina dorsal que descubrió cuando intentó cogerse al tronco de un árbol para ponerse en pie; en algún punto de su huida, o tal vez en su caída, se había dañado el omoplato y el dolor viajaba más allá, uniéndose a su columna.

El aullido de un lobo consiguió estremecerla, quedaba poco para que el sol decidiese mostrarse por completo, pero aquellos animales no entendían de horario si se trataba de cazar, y ella era una presa desvalida; si no se movía de allí, se convertiría en el desayuno.

Volvió a enterrar los dedos en la hierba, buscando un punto de sujeción para poder arrastrarse pero, cada vez que intentaba moverse, el dolor palpitante de la espina dorsal se unía a uno mayor que le recorría el abdomen y provocaba que las ganas de encogerse fuesen mayores.

Cuando el sol comenzó a resplandecer y sintió las pisadas de los lobos cerca de ella, Kassia perdió toda la esperanza que le quedaba. Los lobos se acercaban y se montarían un festín con su cuerpo, que tan solo había avanzado unos pocos centímetros desde el lugar en el que había caído.

El pensamiento que había tenido sobre la insensibilidad de su cuerpo se esfumó cuando sintió como la envolvía una calidez inusual. Kassia se llevó una mano a la cabeza, apretando la mandíbula cuando un dolor sordo le recorrió los huesos desde la punta de los dedos hasta el hombro. Abrió los ojos con pesadez, incluso el mínimo movimiento de su cuerpo le molestaba y, cuando una intensa luz la cegó por un momento, emitió un suave quejido que le desgarró la garganta.

Ya no estaba en el bosque, ni tampoco era de día como ella recordaba, los rayos de luna se filtraban por la ventana de lo que parecía ser una habitación en una casa totalmente desconocida para ella. Se forzó a abrir los ojos y lo primero que vio fueron figuras resplandecientes que sabía que tan solo eran fruto de una ilusión óptica. Intentó hacer memoria, averiguar dónde estaba, cómo había llegado hasta allí o si era capaz de reconocer algún detalle del lugar en el que estaba, pero fue inútil, tan solo sirvió para acentuar el dolor de cabeza que sentía.

Se dio cuenta de que llevaba una ropa totalmente diferente a la que ella recordaba, su ropa hecha jirones había desaparecido y, en su lugar,

llevaba puesto un camisón que le llegaba hasta los tobillos. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, consiguió bajar los pies de la cama, estremeciéndose ante el calor que el suelo desprendía.

Lo primero que captó su atención en aquella habitación fue un cuadro en el cual había plasmadas formas extrañas bajo la firma de un tal Alex. Se acercó al cuadro, frunció el ceño e intentó saber qué podía significar todo aquello, pero desistió en su tarea y decidió encaminarse hacia la puerta. El pomo, al igual que todo lo que había tocado, estaba caliente, pero no lo suficiente como para llegar a quemarle la palma de la mano. Cuando abrió la puerta, el sonido de unas voces la llevó a caminar hacia unas escaleras, con la curiosidad y la precaución a flor de piel; estaba en un lugar que desconocía con gente que podía ser hostil.

—No puede quedarse aquí —dijo una voz femenina y melódica.

—¡Tiene que quedarse aquí! —respondió un hombre con rudeza, en voz baja—. Estaba en territorio enemigo, tenemos que hacerle algunas preguntas.

—¿Vas a dejarme con una asesina? —preguntó la mujer.

—No sabemos quién es, no sabemos si forma parte del grupo de...

—¿Y por qué la trajiste entonces? —replicó la mujer, interrumpiendo sus palabras.

—¡Está herida! —terció el hombre—. No podía dejarla tirada.

—Odio tus obras de caridad, Connor.

—Y aun así, sigues ayudándome —dijo el hombre.

Kassia se asomó a la barandilla del piso superior y les observó atentamente mientras hablaban. La madera crujió bajo sus manos al agarrarse a los barrotes cuando una oleada de confusión provocada por un mareo transitorio la asaltó de pronto, y con ello consiguió que tanto la mirada de Connor como la de la mujer que le acompañaba se dirigieran en su dirección. Connor se apoyó las manos en sus caderas y la miró con una pequeña sonrisa que pretendía transmitirle seguridad pero que lo único que consiguió fue estremecerla todavía más.

Su rostro no mostraba emoción alguna, era una extraña herida en territorio de gente que desconocía y que, de momento, no le parecieron amables en absoluto. Ella era una mujer pretenciosa que estaba claro que no la quería en su territorio y él era un matón de casi dos metros, cuyo aspecto podría infundir temor incluso al más cruel y sanguinario de los asesinos. El tal Connor le hizo un leve gesto indicándole que se uniese a

ellos en el salón, y Kassia obedeció a su gesto más por miedo de que él subiese a por ella que porque realmente le apeteciese.

Cada escalón que bajaba suponía un gran esfuerzo y un calambre doloroso la traspasaba a cada paso como si estuviese caminando sobre cristales rotos y afilados.

—¿Te duele mucho? —preguntó Connor. Kassia asintió una vez llegó al pie de las escaleras.

Aquel hombre que le sacaba más de una cabeza de altura consiguió intimidarla, <<desde el piso superior parecía grande, pero ahora que le tengo delante veo que es inmenso>>, pensó Kassia. A su lado se sentía tan insignificante y frágil que su mente comenzó a divagar entre las posibles opciones que tenía si el tal Connor resultaba ser alguien peligroso.

Después de repasar las dimensiones de Connor, llevó la mirada a la mujer que estaba cruzada de brazos, mirándola como si ella fuese un animal salvaje sin correa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Connor, captando nuevamente su atención. Ella frunció el ceño al encontrarse con su mirada, antes de volver a mirar a la mujer que tantas preguntas le suscitaba. Estaba segura de que la había visto antes en algún otro lugar, pero no lograba recordar donde.

—Kassia —respondió con un hilo de voz, y la garganta le ardió al hablar haciéndola toser.

—Cordelia, tráele un poco de agua, por favor —dijo Connor, girándose para mirar a la mujer que, sin ganas, fue a por lo que había pedido.

Aquella mujer la miraba intentando esbozar una sonrisa sincera que no hacía más que acentuar su pérfida forma de ser. Cuando Cordelia le dio el vaso de agua, Kassia miró instintivamente el líquido y respiró profundamente antes de negar con la cabeza y darle el vaso a Connor.

—No voy a beberme eso —dijo y, a consecuencia de la sequedad de su garganta, volvió a toser.

—¿Por qué?

—Pregúntale a ella —susurró Kassia sosteniéndole la mirada a aquella mujer que borraba su macabra sonrisa para esbozar una mueca de repulsión y odio.

—¿Qué has hecho, Cordelia? —preguntó Connor.

—¡No he hecho nada! —exclamó ella.

—Le ha echado cianuro —dijo Kassia—. Huélelo si quieres, su aroma es inconfundible.

—¿Por qué? —preguntó Connor con una tranquilidad envidiable, con su profunda mirada clavada en los ojos de Cordelia.

—¡Porque te empeñaste en traer a alguien que estaba en territorio enemigo!

—¡Estaba herida! —gritó Connor antes de que Cordelia saliese de la casa visiblemente enfadada y dando un portazo. Al escucharle, Kassia frunció el ceño y se miró el cuerpo magullado—. No se lo tengas en cuenta, ella es así de desconfiada.

—¿Por qué dijo que estaba en territorio enemigo? —preguntó Kassia, sin prestar atención a lo que Connor había dicho.

—¿Has oído las historias que cuentan sobre los que vivimos en el bosque? —Kassia asintió aguantándole la mirada aun cuando deseaba darle la espalda y no volver a mirarle directamente a aquellos ojos negros que parecían querer engullirla—. Nosotros nos regimos por clanes, y tú estabas en territorio del clan enemigo. ¿Qué hacías allí?

—No lo sé —admitió ella—. Solo huía de... bueno, no sé el nombre del hombre, pero ella se llama Brooklyn.

Sus palabras provocaron que Connor se acercase a ella amenazante, imponente, cuadrando sus hombros hacia atrás cuya postura le hacía parecer todavía más enorme. Sus ojos se abrieron como platos y, por un momento, Kassia pensó que iba a terminar el trabajo que aquella pareja había comenzado.

—¿Dónde están ahora?

—No lo sé, te he dicho que estaba huyendo de ellos... ¿los conoces?

—preguntó Kassia, el hecho de que aquel hombre pudiese conocerlos era tan bueno como malo. Cabía una posibilidad de que fuesen enemigos y la ayudase a esconderse de ellos, pero también podían ser aliados y aquello sería un verdadero problema.

—Sí, son mis hermanos.